

LA MEMORIA DEL CORAZÓN

A mi incondicional compañero:

Perdone que me atreva a dirigirme a usted, a través de esta carta, pero hoy dispongo del entusiasmo, energía y lucidez de los que hace tiempo no disfrutaba y, por ello, me gustaría expresar por escrito lo que mi voz se niega a procesar, emitiendo tan sólo sonidos incoherentes como simulacros de palabras.

El tiempo se ha detenido para mí y desconozco la fecha en la que estamos, pero, aunque no comprendo porqué, tengo la seguridad de que hoy, como todos y cada uno de los días, estará a mi lado en la mesa del desayuno, me cogerá amablemente del brazo para darnos un paseo por el jardín, me contará bonitas historias de esa adorable familia que tuvo, me hará reír con anécdotas de tiempos pasados y compartirá conmigo todos mis momentos hasta el anochecer, cuando tome, tras la cena, las milagrosas pastillas que me ayudan a que las noches sean apacibles y etéreas.

Desconozco la razón de su delicadeza y cariño, de su amabilidad y dedicación, pero se lo agradezco infinitamente. Es usted la única visita y compañía de la que disfruto en este hotel en el que me alojo desde que puedo recordar, aunque no sé porqué decidí llevar esta existencia, pero ciertamente me siento feliz desde que usted apareció por aquí, colmándome de atenciones y regalándome su valioso tiempo.

A su lado me siento querida, segura, confiada y satisfecha. Me levanto con la alegría de verle, de saber que me contará mil cosas sobre su adorable esposa que, curiosamente, se llama como yo y de su vida junto a ella, de lo felices que fueron, de los dos exitosos hijos que tuvieron y que están lejos, demasiado ocupados para visitarle.

Aunque no consigo recordar su nombre por mucho que me esfuerzo (luego se lo preguntaré a esa amable camarera vestida de blanco con cofia de enfermera que me ayuda

a levantarme y asearme para lucir tan hermosa como usted dice que soy), le doy las gracias por hacer que la vida me resulte tan agradable y conseguir que haya renacido en mí la ilusión del amor. Me atrevo, por ello, a proponerle que, siendo que su esposa lamentablemente ya no está, puesto que se refiere continuamente a ella en pasado y debido a la palpable sensación de que los dos nos compenetramos a la perfección, aunque yo no pueda casi hablar y sean mi sonrisa o mis gestos las palabras de mi alma agradecida, me gustaría que, si es posible, comenzásemos una relación amorosa plena.

Desearía vivir los años que nos queden juntos, como hasta ahora, incluso sin reticencias para compartir sexo e intimidades de cualquier índole. El corazón late presuroso cuando le veo, cuando me deleito con el roce de sus manos acariciando delicadamente mi cara y, sobre todo, en las despedidas nocturnas, cuando me regala un emotivo abrazo y me besa en la frente acompañándome a mi habitación.

Estoy convencida de mi amor por usted, que parece nacer de mi pasado, como si fuese algo que ya hubiese vivido con alguien idéntico y deseo que le parezca oportuno que nos tuteemos, compartamos nuestros corazones volcando todo el cariño uno en el otro y que ese señor que parece perseguirme continuamente, Alzheimer le llaman por aquí, comprenda que lo nuestro es auténtico y me deje en paz, aunque yo nunca haya tenido la oportunidad de tratarlo.

Espero que me acepte como pareja, aunque sea una jovencita tan atrevida y de salud bastante delicada, y que la diferencia de años no sea un impedimento para nuestro amor y nuestro futuro en común.

Con todo mi cariño y admiración.

Isabel